



**Elías Cabodevilla Garde
capuchino**

**SAN PÍO DE PIETRELCINA
Sacerdote Capuchino –1887-1968**

Pamplona - 2005



SAN PÍO DE PIETRELCINA **Sacerdote Capuchino** (25 mayo 1887 - 23 septiembre 1968)

La vida terrena del capuchino italiano Padre Pío de Pietrelcina se apagó el 23 de septiembre de 1968; su camino hacia la gloria de los altares alcanzó la meta deseada el 16 de junio del 2002; y el “ruido” que, según su anuncio profético, debe hacer *«más después de muerto que en vida»* va creciendo de tal modo que no es fácil imaginar los designios salvíficos del Señor por medio de este Santo.

I. EL AYER DEL PADRE PÍO

Datos biográficos

Francisco Forgione De Nunzio, hijo de Grazio María y de María Josefa, nació en Pietrelcina, Provincia de Benevento (Italia), el 25 de mayo de 1887; fue bautizado al día siguiente en la iglesia arciprestal de Santa María de los Ángeles; y en 1899 recibió la Primera Comunión a la edad de 11 años, y el 27 de septiembre, a los 12, el Sacramento de la Confirmación.

A la edad de 5 años prometió *«fidelidad»* a San Francisco de Asís y comenzaron para él los primeros fenómenos místicos: éxtasis, ataques, también físicos, del demonio, visiones del Señor, de la Virgen María, de San Francisco, del Ángel Custodio..., que no comunicó a nadie hasta el año 1915, porque *«creía que eran cosas ordinarias que sucedían a todas las almas»*.

El 22 de enero de 1903 vistió el habito capuchino en Morcone y recibió su nuevo nombre: Fray Pío de Pietrelcina. Emitió los votos religiosos temporales en esa localidad el 23 de enero de 1904, y los perpetuos, en San Elia a Pianisi el 27 de enero de 1907. Cursó los estudios de filosofía y teología en los centros de formación que los Capuchinos de la Provincia de Foggia tenían en San Elia a Pianisi, San Marco la Cátola, Serracapriola y Montefusco; y, en su camino hacia el Sacerdocio, recibió las Órdenes Menores en Benevento el 19 de diciembre de 1908, el Subdiaconado dos días después, el 21 de diciembre, en la misma ciudad, el Diaconado en Morcone el 18 de julio de 1909, y la ordenación sacerdotal en Benevento el 10 de agosto de 1910, después de haber obtenido de la Sagrada Congregación de Religiosos la dispensa de nueve meses de la edad requerida, en documento del 1 de julio de 1910.

Una enfermedad misteriosa - para los médicos y para él mismo: *«Yo ignoro la causa de todo esto. Y en silencio adoro y beso la mano de aquel que me hiere»*, escribió a su Director espiritual en carta del 26 de mayo de 1910 - le obligó a dejar el convento y buscar el clima y los aires de su Pietrelcina natal desde los primeros meses del año 1909 hasta el 17 de febrero de 1916, fecha en que se incorporó a la Fraternidad capuchina de Santa Ana de Foggia. En estos años, sus penitencias, sus largas horas de oración, su lucha denodada contra los ataques, más violentos si cabe que en etapas anteriores, de Satanás, los fenómenos místicos antes citados que se repetían y a los que hay que añadir la «coronación de espinas», la «flagelación», las «llagas» en su cuerpo desde el mes de septiembre de 1910, que, ante sus ruegos insistentes al Señor, permanecieron por unos años invisibles..., le prepararon para cumplir su *«grandísima misión»*; misión que ya se le reveló en el año del noviciado y a la que hará alusión en una carta de noviembre de 1922 a su hija espiritual Nina Campanile: *«Pero Tú, que me mantenías oculto a los ojos de todos, tenías confiada a tu hijo una grandísima misión que sólo se nos ha dado a conocer a Ti, Dios mío, y a mí»*.

En los años 1915-1917, durante la primera guerra mundial, con prolongadas ausencias por motivos de salud, sirvió como soldado a la nación, en Benevento, Nápoles y Foggia.



El 28 de julio de 1916, con la intención de tomar durante unos días el aire puro de la montaña, subió por primera vez a la Fraternidad de Capuchinos de San Giovanni Rotondo. Regresó de nuevo a este pequeño pueblo del Monte Gárgano el 4 de septiembre, y en este convento, silencioso y solitario al principio y bullicioso y concurridísimo después, lo quiso el Señor durante los 52 últimos años de vida, hasta el 23 de septiembre de 1968, y para siempre después de la muerte.

El 20 de septiembre de 1918 recibió las «llagas» en manos, pies y costado. Éste y otros carismas extraordinarios le obtuvieron muy pronto una fama mundial, pero le acarrearón también un sin fin de problemas. Graves calumnias, también de algunos que tendrían que buscar y defender con más celo la verdad, motivaron, en los años 1922 y 1923, las primeras disposiciones del Santo Oficio, que, además de declarar que no constaba la sobrenaturalidad de los hechos, imponía serias restricciones al ministerio pastoral del Padre Pío. Estas restricciones fueron absolutas desde el 11 de junio de 1931 hasta el 16 de julio de 1933, de forma que no se le permitía ni salir del convento ni recibir visitas ni mantener correspondencia con el exterior...; podía sólo celebrar la Santa Misa en privado, en la capilla interior del convento. Por motivos muy turbios y, sin duda, como afirmó Juan Pablo II en la homilía de la beatificación, «*por una permisión especial de Dios*», tuvo que sufrir de nuevo, en los años 1960-1964, sacrílegos espionajes y dolorosas incomprensiones, calumnias y limitaciones en el ejercicio de su ministerio sacerdotal.

Pero, en los muchos años en que pudo ejercer sin trabas su ministerio, el Padre Pío realizó una intensa y sorprendente labor sacerdotal, centrada en el altar y en el confesonario, que impulsó a muchos miles de hombres y mujeres de todo el mundo hacia la santidad, ayudó a otros a recobrar la fe o a encontrar a Dios, y enriqueció además a la Iglesia con obras tan importantes y beneficiosas como la «Casa Alivio del Sufrimiento» y los «Grupos de Oración».

El Padre Pío murió, casi de forma inesperada, a las 2'30 del día 23 de septiembre de 1968; la «*hermana muerte*» borró de su cuerpo todo rastro o cicatriz de las «llagas»; y sus restos mortales, enterrados allí, a las 10 de la noche del 26 de septiembre, después de recibir durante 4 días las manifestaciones de afecto y las súplicas de miles de devotos, de desfilar durante 3 horas por las calles de San Giovanni Rotondo y de una concurridísima misa de funeral al aire libre, al atardecer de ese día 26, son venerados cada día por miles de peregrinos en la cripta que se preparó, unos meses antes, con esta finalidad, exactamente debajo del altar mayor del Santuario de Nuestra Señora de las Gracias, y - son llamativas las coincidencias - que fue bendecida a las 11 de la mañana del día 22 de septiembre, víspera de su muerte, al mismo tiempo que la primera piedra del monumental Vía Crucis que recorre varios cientos de metros por las estribaciones del Monte Gárgano, obra del conocido escultor Francisco Messina.

Carismas extraordinarios y vida ordinaria

En la vida del Padre Pío hay muchas cosas desconcertantes e inexplicables para la ciencia, como la *hipertermia*: subida de su temperatura corporal hasta los 48 y más grados; la *alimentación*: con frecuencia, una sola comida al día - cuando la tomaba - y muy escasa para una jornada de 15 y 16 horas de duro trabajo, sobre todo en el confesonario; la *bilocación*: sin abandonar San Giovanni Rotondo, se le «vio» en otros lugares de Italia y de América; el *conocimiento de las conciencias*: son muchos los que afirman que, al acercarse a su confesonario, escucharon de labios del Padre Pío la lista completa de los pecados - con frecuencia olvidados por la distancia de los años - que tenían que manifestar al confesor; el *don de profecía*: en 1959, respondió al saludo que el cardenal Montini le enviaba desde Milán con el comandante Galletti, hijo espiritual del Padre Pío, con este mensaje: «*Escúchame atento, Galletti. Di a su Excelencia que, cuando muera este Papa, él ha de ser su sucesor*», y, aunque no han faltado los desmentidos, en artículos, biografías y filmes se sigue hablando de la invitación a prepararse para ser el Sucesor del apóstol Pedro dirigida al joven sacerdote polaco Carlos Wojtyla, hoy Juan Pablo II, cuando, en el año 1947, arrodillado ante el Padre Pío, celebraba el Sacramento de la Penitencia en San Giovanni Rotondo; el *perfume*: lo



describen como agradable, sutil y delicado, mezcla de violetas y de rosas, y, entre los que confiesan que lo han percibido, unos lo han disfrutado en presencia del Padre Pío y otros a miles de kilómetros de distancia, unos en vida del Religioso capuchino y otros después de su muerte, algunos conscientes de que ya se hablaba de este fenómeno y otros sin conocer siquiera la existencia del Fraile de Pietrelcina...; y si las «llagas», vivas, abiertas y sangrantes durante 50 años, fueron un problema sin solución para la medicina y la psicología, no lo fue menos su desaparición completa, el día de su muerte, sin dejar huella ni cicatriz alguna, como lo atestiguan las fotografías que se tomaron a los pocos minutos de que el médico, el doctor José Sala, certificase su defunción.

Éstas y otras muchas cosas excepcionales son los dones extraordinarios que recibió del Señor el Padre Pío. Sin olvidarlos, queremos detenernos a subrayar otros rasgos, muy importantes y valiosos, de su vida ordinaria. El Padre Pío es el seguidor humilde, obediente, caritativo y alegre de Francisco y de Clara de Asís; es el sacerdote santo y celoso; es el enamorado de Cristo; es el devoto de la Virgen que lleva siempre en sus manos o enrollado en el brazo el rosario y lo recita muchas veces al día; es el hermano que vive para sus hermanos y que tiene sus preferidos en los pobres, los enfermos y los alejados de Dios por el pecado; es el creyente que busca en todo la gloria de Dios y la salvación de las almas...

El Papa Juan Pablo II, en la homilía de la beatificación del Padre Pío, se refirió, sí, a «*su cuerpo marcado por las “llagas”*», que hacían de él una «*imagen viva del Cristo sufriente y resucitado*»; a los «*dones singulares que le fueron concedidos y los sufrimientos interiores y místicos que los acompañaban*»; a «*su experiencia del cielo*», consecuencia, sin duda, de sus éxtasis y de las visiones repetidas del Señor, de la Virgen, de Francisco de Asís, de los Ángeles...; pero lo hizo como de paso y de puntillas. Lo que recalcó con fuerza en «*la vida de este humilde hijo de San Francisco*», fue el «*constante ejercicio de fe*»; la «*durísima ascesis a la que el Padre Pío se sometió desde su primera juventud*» para alcanzar la «*progresiva identificación con el divino Maestro*»; la «*obediencia*» a los superiores que, cuando «*el elegido, por una permisión especial de Dios, es objeto de incomprensiones..., se convierte en un crisol de purificación, un sendero de progresivo asemejarse a Cristo, un robustecimiento de la auténtica santidad*»; su «*experiencia complicada y constante de los sufrimientos del Señor con el convencimiento inmutable de que “el Calvario es el monte de los Santos”*»; la «*caridad*», que, purificada por el dolor, «*se derramaba como bálsamo sobre las debilidades y sufrimientos de los hermanos*»; su «*vida entregada a la oración*», en cuya escuela «*se han multiplicado en todos los rincones del mundo los “Grupos de Oración”*»...

Y dejó para la Plaza de San Juan de Letrán, a la que se trasladó en helicóptero, una vez terminada la ceremonia de la beatificación, para saludar a los peregrinos que desde allí habían seguido la celebración y rezar el «*Regina Coeli*», uno de los rasgos más característicos de la espiritualidad del Padre Pío. «*El Padre Pío - dijo con voz firme y emocionada - nos invita particularmente a amar y venerar a la Virgen María. Su devoción a la Madonna se transparenta en todas las manifestaciones de su vida: en las palabras y en los escritos, en las enseñanzas y en los consejos que dispensaba a sus numerosos hijos espirituales. Auténtico hijo de San Francisco, de quien había aprendido a dirigirse a María con espléndidas expresiones de alabanza y amor, el nuevo Beato no se cansaba de inculcar en los fieles una devoción a la Madonna tierna, profunda y enraizada en la genuina tradición de la Iglesia. Tanto en el secreto del confesonario como en la predicación, volvía siempre a exhortar: “¡Amad a la Madonna!” Al final de su paso por la tierra, en el momento de manifestar su última voluntad, volvió su pensamiento, como lo había hecho durante toda su vida, a María santísima: “Amad a la Madonna y haced que la amen. Recitad siempre el rosario”*».

En la canonización del Padre Pío, Juan Pablo también quiso referirse a los aspectos ordinarios de la vida del Padre Pío y para ello, al final de la homilía, dirigió seis peticiones al «*humilde y amado Padre Pío*», en las que recogió los aspectos más llamativos de su santidad. Dijo así:



«Humilde y amado Padre Pío:

Enséñanos también a nosotros, te lo pedimos, la humildad de corazón, para ser considerados entre los pequeños del Evangelio, a los que el Padre prometió revelar los misterios de su Reino.

Ayúdanos a orar sin cansarnos jamás, con la certeza de que Dios conoce lo que necesitamos antes de que se lo pidamos.

Alcánzanos una mirada de fe capaz de reconocer prontamente en los pobres y en los que sufren el rostro mismo de Jesús.

Sostennos en la hora de la lucha y de la prueba y, si caemos, haz que experimentemos la alegría del sacramento del perdón.

Transmítenos tu tierna devoción a María, Madre de Jesús y Madre nuestra.

Acompáñanos en la peregrinación terrena hacia la patria feliz, a donde esperamos llegar también nosotros para contemplar eternamente la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

A la luz de las palabras del Papa Pablo VI

El Papa Pablo VI, el 20 de febrero de 1971, hablando al Ministro general y a los Consejeros generales de los Capuchinos, después de presentarles el estilo de vida que les propone la Iglesia y de animarles con estas palabras: *«Se realizará en vosotros el milagro que se realizó en el Padre Pío. ¡Mirad qué fama obtuvo! ¡Qué clientela mundial reunió junto a sí»,* y de preguntarse: *«¿Pero, por qué? ¿Tal vez porque era un filósofo? ¿Porque era un sabio? ¿Porque tenía medios a su disposición?»*, hizo un sencillo, breve y profundo retrato del Padre Pío: *«Celebraba la Misa humildemente, confesaba de la mañana a la noche y era, aún si difícil de admitir, el verdadero representante de los estigmas de Nuestro Señor. Era hombre de oración y de sufrimiento».*

«Celebraba la Misa humildemente»

El Padre Pío deseó ardientemente ser sacerdote, sobre todo para renovar, en la Santa Misa, el sacrificio de Cristo en la cruz. Desde su ordenación sacerdotal, el 10 de agosto de 1910, hasta su muerte, el 23 de septiembre de 1968, pudo celebrar la Santa Misa durante algo más de 58 años.

La Misa del Padre Pío, desde las primeras que celebró en su pueblo natal, era muy larga. Su amigo y paisano, también sacerdote, Don Orlando, escribe en su Diario: *«Su Misa era tan larga que las gentes la evitaban; estando pendientes como estaban de los trabajos del campo, no podían permanecer durante tantas horas en la iglesia, en oración, como él».* Don Alejandro Lingua, que asistió, un día cualquiera, en San Giovanni Rotondo, a la Misa del Padre Pío, escribe así: *«Da principio la Santa Misa que dura exactamente una hora y tres cuartos...».* En los años en que tuvo que celebrar en privado, pocas veces duraba menos de tres horas. Sólo cuando los Superiores le sugirieron una celebración más breve, si los éxtasis u otros arrobamientos místicos no se lo impedían, el Padre Pío lograba terminarla en 30 ó 35 minutos.

¿Por qué una Misa tan larga?; ¿acaso por exhibicionismo? Escuchemos a los mismos testigos. Don Orlando escribe: *«Su Misa era un misterio incomprensible».* Y Don Alejandro Lingua: *«¡Nunca he visto a un sacerdote celebrar con tanta devoción la Santa Misa! Desde el primer momento en que hace la señal de la cruz, y en toda la celebración, se ve que está participando plenamente, con toda la emoción vital posible, en el misterio de la Pasión de Cristo».* Que la Misa del Padre Pío tenía un «algo especial», lo hace patente el hecho - antes recordado - de que tantas personas, de todo el mundo, se agolparan cada día ante la iglesia de San Giovanni Rotondo y esperaran durante horas para participar en la Misa de este sacerdote capuchino; y lo confirman estas palabras del Arzobispo de Milán, Cardenal Montini, más tarde Pablo VI: *«Si no encontráis lugar adecuado donde colocar al Padre Pío, traédmelo a Milán; estoy seguro de que su misa traería a mi*



diócesis más fruto que toda una gran misión».

El Padre Pío, que invitaba a los fieles a participar asiduamente en la Santa Misa, enseñó con claridad el modo de hacerlo: *«Como la oyeron en el Calvario la Santísima Virgen y las piadosas mujeres; del mismo modo, a ser posible, que el apóstol San Juan».*

Al celebrar la Misa, el Padre Pío unía sus sufrimientos a los del Salvador y recogía los frutos de la Redención para repartirlos luego a los hombres en sus consejos, en sus exhortaciones y, sobre todo, en el Sacramento de la Reconciliación.

«Confesaba de la mañana a la noche»

El Padre Pío de Pietrelcina, desde su llegada a San Giovanni Rotondo, en 1916, dedicó la mayor parte de su tiempo y sus mejores energías al ministerio de la Confesión. Se le ha llamado con razón *«El Padre que confiesa»*, *«Mártir del confesonario»*...

El Padre Pío llegó a estar hasta 15 y más horas diarias en el confesonario, algo inexplicable en un hombre afectado por enfermedades misteriosas, consumido por continuos achaques, que perdía sangre de continuo por las heridas de sus «llagas», y que se alimentaba con un poco de legumbres al mediodía y un poco de sopa a la noche.

Desde el principio, y mucho más desde que las «llagas» se hicieron visibles en su cuerpo, las gentes llegaban de todas partes para confesarse con él. En el convento de Capuchinos había otros sacerdotes, pero al que buscaban los peregrinos era al Padre Pío, y, con tal de confesarse con él, esperaban contentos hasta 15 y más días en San Giovanni Rotondo.

Si el trabajo era abrumador: *«Son ya diez y nueve horas las que llevo sujeto al trabajo. Un esfuerzo superior a mis fuerzas, al que estoy haciendo frente como puedo, sin un momento siquiera de descanso»*, fueron mucho más dolorosos los dos años, de junio de 1931 a julio de 1933, en los que, por las causas que ya hemos indicado, quedó recluido entre las cuatro paredes del convento. Se sentía *«devorado por el amor a Dios y el amor por el prójimo»*, que le impulsaban a *«liberar a mis hermanos de los lazos de Satanás»* y a *«dar la vida por los pecadores y hacerles participar después de la vida del Resucitado»*, para poner fin así a la *«ingratitude de los hombres para con Dios, nuestro Sumo Bienhechor»*.

Al administrar el Sacramento de la Confesión, el Padre Pío usaba todos los medios a su alcance para arrancar a sus penitentes del pecado y conducirlos a Dios; también los dones especiales de profecía y de penetración de las conciencias que le permitían - y lo hacía a veces - adelantarse a enumerar los pecados que debía confesar el penitente; sin excluir, cuando era necesario, la corrección severa, el rechazo e, incluso, el negar la absolución. Pero, luego, debía comprar esas almas y conseguir que todas volvieran arrepentidas en busca del perdón. Escuchemos estas palabras dichas a un sacerdote inglés: *«¡Si supieras cuánto cuesta un alma! ¡Las almas se compran y a muy caro precio!»*. Y a su Director espiritual escribió: *«Cuántas veces, por no decir siempre, me toca decirle a Dios juez, junto con Moisés: “Perdona a este pueblo o bórrame del libro de la vida”»*.

«Hombre de oración»

Del Padre Pío se ha escrito: *«El Padre Pío es un hombre hecho oración; es la definición que mejor le corresponde, como al Seráfico Padre»*; y fueron muchos los que aprendieron de él la difícil e importante enseñanza de la oración.

El Padre Pío oraba para prepararse a la Santa Misa y para dar gracias después de celebrarla; oraba para encontrarse con Dios: *«En el estudio de los libros se busca a Dios, en la meditación se le encuentra»*, solía repetir; oraba para contemplar la vida y, sobre todo, la muerte de Cristo: *«El alma cristiana no deja pasar un solo día sin meditar la pasión de Jesucristo»*, escribió en sus cartas de dirección espiritual; oraba buscando alivio en sus continuos sufrimientos: *«El mejor consuelo es el que viene de la oración»*, aconsejaba desde su experiencia personal de cada día; oraba para



comprar las almas para Dios: «*O le perdonas o bórrame del libro de la vida*», gritaba a su Dios cuando había tenido que negar la absolución a algún penitente; oraba para implorar de Dios las gracias que le suplicaban sus devotos: «*Mis oraciones, que tú me pides con insistencia, no te faltan nunca, porque no puedo olvidarme de ti que me costaste tantos sacrificios*», escribía a uno de sus hijos espirituales; oraba, con devoción especial, para felicitar e invocar a la Virgen María, sobre todo con el rezo del rosario, que era su oración preferida y al que llamaba su «*arma*»... Se puede decir que orar fue la vocación del Padre Pío: «*Yo quiero ser sólo un pobre hermano que ora*», confesó en cierta ocasión.

El Padre Pío fue un buen maestro de oración. Invitó a orar: «*Ora con constancia, con confianza y con la mente tranquila y serena*»; enseñó los frutos de la oración: «*La oración es la mejor arma, es la llave que abre el corazón de Dios*»; aconsejó la oración insistente «*ya que la insistencia pone de manifiesto la fe*»; oró, durante muchos años, a mediodía y al atardecer, con los miles de peregrinos que llegaban cada día al Santuario de Nuestra Señora de las Gracias de San Giovanni Rotondo; y, para secundar las llamadas a la oración del Papa Pío XII, promovió, a partir del año 1947, los «*Grupos de Oración*», a los que contempló como «*un ejército de orantes, de personas que fueran “levadura” en el mundo con la fuerza de la oración*» y encomendó la misión de ser «*faros de luz y de amor en el mundo*». Muy pronto se extendieron por Italia y por los cinco continentes; y tuvieron la suerte de que fueran para ellos la última Misa y la última bendición del Padre Pío, el día 22 de septiembre de 1968, pocas horas antes de su muerte, durante el Congreso Internacional que celebraban en San Giovanni Rotondo.

«Hombre de sufrimiento»

La vida del Padre Pío estuvo marcada por el sufrimiento. Más aún, aunque nos resulte incomprensible, el Padre Pío amó el sufrimiento, pidió a Dios la gracia de sufrir, y el sufrimiento fue - son sus palabras - «*Mi alimento diario, mi ¡delicia!*». A cierta persona que le comentó: «*Padre, tú amas aquello que yo temo*», respondió el Padre Pío: «*Yo no amo el sufrimiento por el sufrimiento; lo pido a Dios, lo suplico por los frutos que me aporta: da gloria a Dios, me alcanza la salvación de mis hermanos en este destierro, libra a las almas del fuego del purgatorio, y ¿qué otra cosa puedo desear?*». Y deseó el sufrimiento, sobre todo, para identificarse con Cristo: «*Sí, yo amo la cruz, la cruz sola, porque la veo siempre en los hombros de Jesús*».

Imposible presentar la lista completa de los sufrimientos del Padre Pío. Enumeremos sus múltiples y misteriosas enfermedades: «*No te entiendo, no sé qué hacer contigo*», le dijo el médico cuando el joven capuchino no había cumplido todavía los 25 años; sus continuos ayunos; su trabajo extenuante en el confesonario; sus largas vigilias de oración por la noche; y, sobre todo, las «*llagas*» en sus manos, pies y costado: «*¿Qué creéis que Jesús me las ha dado para simple condecoración o qué?*», respondió al que le preguntaba si le producían dolor y molestias.

Pero más dolorosos que los físicos fueron sus sufrimientos morales: Ante todo las «*llagas*», que le causaban, como confesó a su Director espiritual, «*una confusión y una humillación indescriptible e insostenible*»; las visitas médicas para examinar sus «*llagas*», impuestas por las Autoridades eclesiásticas y de la Orden capuchina; su aislamiento de los fieles y la prohibición, durante más de dos años, de todo ministerio sacerdotal, a excepción de la Misa que, como ya se ha indicado en otro lugar, debía celebrar en privado; las calumnias gravísimas contra su persona y su ministerio; las «*violentas y asiduas*» tentaciones contra la fe, la esperanza y la pureza; y, sobre todo, el fenómeno místico de la «*noche oscura*», que le acompañó durante casi toda su vida y le llevó a escribir: «*Preferiría llevar mil cruces y hasta me sería dulce y llevadera toda cruz, si no tuviese esta prueba de sentirme siempre en la duda de si agrado o no al Señor en mis obras*».

Hombre de sufrimiento para identificarse con Cristo, el Padre Pío no pudo menos de compartir y de buscar remedio eficaz a los sufrimientos de sus hermanos. Sólo un loco o un santo pudo lanzarse a una empresa tan arriesgada, por no decir humanamente imposible, como la de construir, con los



donativos de los fieles, un hospital de 300 camas en la lejanía del Monte Gárgano. El entorno de San Giovanni Rotondo era en aquel entonces uno de los más pobres y abandonados de Italia. Alejado de las ciudades de Nápoles y de Foggia y con unos medios de comunicación deficientes, los enfermos estaban condenados a vivir su enfermedad y a morir en condiciones lamentables, sin asistencia médica adecuada.

Del gran hospital, cuya primera piedra se bendijo y colocó el 16 de mayo de 1947, fue un prelude durante 13 años, desde enero de 1925 hasta el terremoto de 1938 que lo destruyó, el «Hospital de San Francisco», acomodado en un pequeño local del antiguo monasterio de clarisas de San Giovanni Rotondo. Urgidos por las consignas del Padre Pío: *«En cada enfermo está Jesús que sufre; en cada pobre está Jesús que languidece; en cada enfermo pobre está dos veces Jesús»*, un grupo de «locos» se implicaron de lleno en la construcción de uno de los hospitales más modernos y amplios de Italia, *«destinado a aliviar los sufrimientos del cuerpo y del alma»*, al que el mismo Padre Pío dio el nombre tan significativo de *«Casa Alivio del Sufrimiento»*. Los donativos, pequeños o cuantiosos, fruto siempre del sacrificio del que los entregaba, sobre todo de los miembros de los Grupos de Oración, fueron llegando ininterrumpidamente desde los cinco continentes. Con razón pudo decir el Padre Pío, el día 5 de mayo de 1956, fiesta de San Pío, en la ceremonia de la inauguración: *«Ésta es la criatura que la Providencia, ayudada por vosotros, ha creado; os la presento. Admiradla y bendecid junto conmigo al Señor. Agradezco a los bienhechores de todo el mundo que han colaborado»*.

El Padre Pío - son palabras de Juan Pablo II en la homilía del 2 de mayo de 1999 - *«la quiso como un hospital de primer orden, pero sobre todo se preocupó de que en él se practicara una medicina verdaderamente “humanizada”, en la que el contacto con el enfermo se distinguiera por la atención más cálida y por la acogida más cordial. Sabía bien que quien está enfermo y sufre, necesita, no sólo de una correcta aplicación de los medios terapéuticos, sino también y sobre todo de un clima humano y espiritual que le permita encontrarse consigo mismo al entrar en contacto con el amor de Dios y con la ternura de los hermanos»*. En su construcción, y en las sucesivas ampliaciones hasta alcanzar las cifras actuales de 1.200 camas y más de 3.000 trabajadores implicados en ella, la *«Casa Alivio del Sufrimiento»* - son de nuevo palabras del Papa - puede *«demostrar que los “milagros ordinarios” de Dios pasan a través de nuestra caridad»*.

«Verdadero representante de los estigmas de Nuestro Señor»

El Padre Gerardo Di Flumeri, Vicepostulador de la Causa de canonización del Padre Pío, en el folleto «Homenaje a Padre Pío», divide la estigmatización del Sacerdote capuchino en dos períodos: uno de preparación, que duró desde septiembre de 1910 a septiembre de 1918, en el que los estigmas eran «invisibles» aunque no, por eso, menos dolorosos; y el segundo, desde el 20 de septiembre de 1918 al 23 de septiembre de 1968, en el que las «llagas» aparecían visibles, vivas y sangrantes, en sus manos, pies y costado.

El Padre Pío, el 22 de octubre de 1918, en carta a su Director espiritual, Padre Benedicto de San Marco in Lamis, y por mandato de éste, cuenta así el hecho de su estigmatización:

«¿Qué decirle con respecto a lo que me pregunta sobre cómo ha ocurrido mi crucifixión? ¡Dios mío, qué confusión y humillación experimento al tener que manifestar lo que tú has obrado en esta tu mezquina criatura!

En la mañana del 20 del pasado mes de septiembre, estaba en el coro después de la celebración de la Santa Misa cuando me sentí invadido por un reposo semejante a un dulce sueño. Todos los sentidos, internos y externos, y las mismas facultades del alma, se encontraron en una quietud indescriptible. En todo esto reinaba un total silencio en torno a mí y dentro de mí; estando así, de pronto se hizo presente una gran paz y abandono a la completa privación de todo, aceptando la propia destrucción. Todo esto fue instantáneo, como un relámpago.



Y mientras acaecía todo esto, me vi delante de un misterioso personaje, semejante a aquél visto la tarde del 5 de agosto, con la sola diferencia de que en éste las manos y los pies y el costado manaban sangre. Su vista me aterrorizó; lo que yo sentía en mí en aquel instante, me resulta imposible decírselo. Me sentía morir, y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostener el corazón, que yo sentía que se me escapaba del pecho.

Se retira la vista del personaje y yo me vi con que manos, pies y costado estaban atravesados y manaban sangre. Imagínese el desgarró que experimenté entonces y que voy experimentando continuamente casi todos los días. La herida del corazón mana asiduamente sangre, sobre todo del jueves por la tarde hasta el sábado. Padre mío, yo muero de dolor por el desgarramiento y la confusión subsiguiente que sufro en lo íntimo del alma. Temo morir desangrado, si el Señor no escucha los gemidos de mi corazón y no retira de mí esta operación. ¿Me concederá esta gracia Jesús, que es tan bueno?

¿Me quitará, al menos, esta confusión que yo experimento por estos signos externos? Alzaré fuerte mi voz a él y no cesaré de conjurarle, para que por su misericordia retire de mí, no el desgarró, no el dolor, porque lo veo imposible y siento que él me quiere embriagar de dolor, sino estos signos externos, que son para mí de una confusión y de una humillación indescriptible e insostenible».

A lo largo de 50 años, fueron muchos los médicos que, por encargo de los Superiores de la Orden capuchina o de las Autoridades de la Iglesia, examinaron detenidamente las «llagas» del Padre Pío. Todos certificaron el hecho de unas llagas que, en las manos y en los pies, tenían forma redonda, de unos 2 centímetros de diámetro, y en el costado, forma de cruz, cuya extremidad más larga iba desde la costilla 5ª a la 9ª y la transversal era la mitad en dimensión.

Los doctores más sensatos, como Romanelli y Festa, tuvieron que reconocer que, con sus conocimientos de la medicina, no veían posible una explicación científica convincente para estas «llagas». Los que, como Bignami, defendían que eran fruto de autolesiones o de estados psicológicos enfermizos, nos hicieron a muchos un gran favor. Por ejemplo, al Padre Paulino, que escribe: «En lo que a mi persona se refiere, estoy sumamente agradecido al doctor Bignami porque, sin sus exigencias, no hubiera podido yo ver nunca, tan a mi gusto, las llagas del Padre Pío». El doctor mandó que tres religiosos curasen y vendasen las «llagas» durante ocho días, sellándolas ante testigos para evitar toda manipulación; y aseguraba que «habrían de desaparecer en quince días». A los encargados, entre ellos el Padre Paulino, obligó el Superior provincial de Capuchinos a cumplir estas normas en virtud del voto de obediencia, y a manifestar el resultado bajo juramento de decir toda la verdad. En su escrito certificaron: «El estado de las llagas, durante los ocho días, ha permanecido idéntico, excepto el último día en el que tomaron color rojo vivo... todas las llagas han manado sangre; el último día más abundante».

Las «llagas» fueron para el Padre Pío motivo de «una confusión y de una humillación indescriptible e insostenible» y fuente de sufrimientos permanentes y muy dolorosos; a algunos periodistas dieron ocasión para las hipótesis más absurdas; y miles y miles de fieles encontraron en ellas una ayuda importante para su fe.

II. EL HOY DEL PADRE PÍO

En olor de multitudes

El hoy del Padre Pío comenzó a las 2'30 del 23 de septiembre de 1968, cuando entró en el tiempo sin tiempo de la vida eterna.

Si, en vida, se contaban por millares las personas que viajaban hasta San Giovanni Rotondo en busca del Padre Pío, en el momento mismo de su muerte, como se ha dicho antes, comenzó a



cumplirse su anuncio profético, que, si cambiamos ligeramente sus palabras, suena así: «*Atraeré más personas de muerto que en vida*».

En vida, sobre todo desde que se divulgó la noticia de los estigmas en sus manos, pies y costado, que, como se ha dicho, los recibió el 20 de septiembre de 1918, hombres y mujeres se apretujaban y esperaban durante horas a que se abrieran las puertas del templo para asistir a la misa del Padre Pío; desde el año 1950, para confesarse con él, había que pedir vez y esperar, a veces, más de 15 días, aunque dedicaba a este ministerio 15 y más horas diarias.

En la muerte del Padre Pío, el 23 de septiembre de 1968, hubo que retrasar 4 días la fecha del entierro para dejar a los fieles venerar sus restos mortales; y a la misa de funeral asistieron más de 100.000 personas.

En la actualidad la tumba del Padre Pío es visitada por más de 7 millones de peregrinos al año, llegados de todo el mundo; el grandioso Santuario de Santa María de las Gracias de San Giovanni Rotondo, inaugurado el 1 de julio de 1959, 9 años antes de la muerte del Fraile capuchino, es, desde hace tiempo, del todo insuficiente; ha habido que construir la «Iglesia de San Pío de Pietrelcina», inaugurada el 1 de julio del 2004, la mayor del mundo católico después de la basílica de San Pedro de Roma, para acoger adecuadamente a los fieles que desean participar en la Eucaristía, celebrar el Sacramento de la Reconciliación o participar en otras funciones sagradas; y, para atender lo mejor posible todos los deseos legítimos de los peregrinos y de los que piden información por carta, teléfono u otros medios, los Capuchinos han ido organizando el «Servicio de Acogida y de Orden» en los lugares de culto, la «Sala del Peregrino», en la que se atiende y anotan encargos de misas, fechas de matrimonios, petición de oraciones, donativos, suscripción a la revista «La Voz del Padre Pío» en sus diversas ediciones..., la «Oficina del Peregrino», que se encarga de las visitas guiadas a los Grupos que lo solicitan, a los que, en el momento de escribir estas líneas, ofrecen, además de las explicaciones oportunas, momentos de oración a lo largo del recorrido, y también, si se desea, en el Eremo y en la Huerta del Padre Pío, en italiano, inglés, francés, alemán, español, portugués y polaco, el «Centro de Llamadas», que responde por teléfono, por carta o por otros medios, en las lenguas que he citado; el «Trenino del Peregrino», que recorre las calles de San Giovanni Rotondo, deteniéndose en los lugares que tienen una relación especial con el Santo de Pietrelcina...

Otros datos reveladores del influjo espiritual del «Crucificado del Gárgano» pueden ser los cientos de biografías sobre el Padre Pío; las revistas «Voce di Padre Pio», que se publica en siete lenguas, y «La Casa Sollievo della Sofferenza», que se distribuye en cuatro; los programas de televisión sobre este Fraile capuchino que, en Italia, alcanzan índices de audiencia que para sí quisieran los más esperados partidos de fútbol; los miles de «Grupos de Oración del Padre Pío» diseminados por todo el mundo...; la asistencia, nunca conocida en Roma en esta clase de celebraciones, a la ceremonia de beatificación y canonización...

Y no se puede olvidar los pasos y la realidad actual de «Teleradio Padre Pío». En su proyecto de llevar el Evangelio y la Voz del Padre Pío a todo el mundo - deseo que había expresado en vida el Fraile de Pietrelcina - los Capuchinos de su Provincia de Foggia pusieron en funcionamiento «Radio Amiga», en Isernia, en 1976, y «Radio Tau», en Campobasso, en 1988. Años más tarde, unieron las dos emisoras en una, con el nombre de «Radio Tau - La Voz del Padre Pío», y consiguieron que su señal alcanzara a toda la región de los Abruzzos y a Bari. En el mes de enero del año 2000, «Radio Tau - La Voz del Padre Pío» comenzó a transmitir, vía satélite, para toda Europa en la frecuencia 12.673 MHz (Eutelsat – Hot Bird); el 2 de mayo, primer aniversario de la beatificación del Padre Pío, transmitió por primera vez por televisión la celebración eucarística a través de una web-tv; y en octubre de ese mismo año 2000 los Capuchinos consiguieron licencia para una cadena de televisión para el entorno de San Giovanni Rotondo. El 9 de febrero del 2001, el Ministro de Comunicaciones de Italia, Maurizio Gasparri, y el Arzobispo capuchino Francisco Gioia inauguraron oficialmente el nuevo centro de televisión que, junto con la cadena de radio,



comenzó a llamarse «Teleradio Padre Pío», que, a su vez, consiguió el portal de internet www.teleradiopadrepio.it, con el que amplió a todo el mundo este medio de evangelización. En el 2002, con motivo de la canonización del Padre Pío, “Tele Padre Pío”, en conexión con el Vaticano, transmitió en directo a distancia todos los momentos importantes, tanto de la preparación como de la celebración de este acontecimiento religioso. El 22 de septiembre del 2003, la señal de televisión se comenzó a mandar vía satélite, transmitiendo la Vigilia de oración del Tránsito de San Pío de Pietrelcina; y, después de un tiempo de puesta a punto, el 21 de diciembre de ese mismo año las transmisiones vía satélite comenzaron a funcionar con regularidad. El nombre de la televisión, vía satélite, es «Tele Padre Pío» y la frecuencia, 12558 MHz (Eutelsat – Hot Bird 6°).

Sirvan, como resumen, estas palabras que se escribieron en torno al día de su beatificación: *«Padre Pío de Pietrelcina. No salió de Italia y es conocido en el mundo entero. Se movió en un radio de acción de no más de 200 kilómetros y ante su tumba se postran millones de devotos de los cinco continentes»*.

Hacia los altares

El proceso de canonización del Padre Pío no ha sido fácil pero ha alcanzado su meta con relativa rapidez.

El 20 de marzo de 1983, después de un trabajo minucioso de 15 años para buscar y organizar la documentación pertinente, se abrió la Causa de canonización del Padre Pío, que, en el proceso diocesano, en Manfredonia, duró hasta el 21 de enero de 1990. Desde esta fecha hasta el 15 de diciembre de 1996, se preparó la «Positio», con el duro trabajo de resumir el contenido de los 104 volúmenes del proceso diocesano en cuatro volúmenes, con un total aproximado de 7.000 páginas. Los 9 Consultores teólogos el día 13 de junio de 1997, y la Congregación de Cardenales y Obispos el 21 de octubre del mismo año, expresaron por unanimidad su opinión favorable a la heroicidad de las virtudes del Padre Pío. El 30 de abril de 1998, la Comisión médica dictaminó que la curación *«repentina, completa y duradera»* de Consiglia de Martino, afectada de *«rotura del conducto torácico, sin ninguna terapia ni intervención quirúrgica, se considera inexplicable a la luz de la medicina actual»*; y, el 20 de octubre de ese mismo año, la Congregación de Cardenales y Obispos dio el voto favorable a que se atribuyera ese hecho milagroso a la intercesión del Padre Pío. El 21 de diciembre de 1998, Juan Pablo II, reunido con la Congregación de las Causas de los Santos, aprobó el decreto sobre la autenticidad del milagro; y ese mismo día se comunicó la fecha de la beatificación. El 2 de mayo de 1999, en una solemne y multitudinaria ceremonia que presidió Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro de Roma y que las emisoras de radio y de televisión transmitieron al mundo entero, la Iglesia reconoció la santidad del Padre Pío de Pietrelcina y lo declaró Beato.

En el trayecto hacia la canonización, el hecho milagroso que el Postulador general de Capuchinos sometió a estudio tuvo lugar entre el 20 de enero y el 12 de febrero del año 2000: la curación del niño de 7 años Mateo Pío Colella Ippolito, de San Giovanni Rotondo, afectado de *«sepsis meningocócica hiperaguda con chok séptico, gravísima hipotensión arterial, fracaso cardíaco, hipocaudal sanguíneo prolongado, repercusión grave respiratoria, coagulación intravascular diseminada, insuficiencia multiorgánica»*. El proceso sobre el milagro se llevó a cabo en la Archidiócesis de Manfredonia, en el segundo y tercer trimestre del año 2000, se entregó a la Congregación de las Causas de los Santos en octubre de ese año y la citada Congregación reconoció la validez jurídica del proceso el 12 de enero del 2001. El 22 de noviembre del 2001, la Comisión médica dictaminó que la curación de Mateo Pío fue *«rápida, completa, duradera, sin secuelas en el cerebro y científicamente inexplicable»*. El 11 de diciembre del 2001, el Congreso Especial de los Consultores teólogos, y el 18 del mismo mes, la Sesión Ordinaria de los Cardenales y Obispos, dieron su voto favorable a la curación milagrosa atribuida al Padre Pío de Pietrelcina. El 20 de diciembre del 2001, en el Consistorio de la Congregación de las Causas de los Santos, Juan Pablo II



aprobó el decreto sobre la autenticidad del milagro; y el 26 de febrero del 2002, en un nuevo Consistorio de la mencionada Congregación, anunció la fecha de la canonización del Padre Pío: 16 de junio del 2002.

Para finalizar este apartado, es de justicia decir que, en este camino del Padre Pío hacia los altares, el Papa Juan Pablo II ha tenido una parte muy especial. Y no me refiero a los momentos en los que es necesaria la actuación del Sumo Pontífice. También en otros momentos, en los que, respetando escrupulosamente todas las exigencias de la legislación actual de la Iglesia, ha sabido impulsar la marcha hacia adelante del proceso. Es sabido que Juan Pablo II guarda como recuerdos imborrables relacionados con el Padre Pío que, en 1947, recién ordenado sacerdote, se confesó con el Padre Pío y participó en la misa que celebró en un altar lateral de la iglesita de Capuchinos de San Giovanni Rotondo; que, el 17 de noviembre de 1962, durante el Concilio Vaticano II, en el que participaba como arzobispo de Cracovia, le escribió una breve carta para pedirle una *«oración por una madre de cuatro hijas, de cuarenta años, de Cracovia, en Polonia (durante la última guerra había estado cinco años en un campo de concentración, en Alemania) que se encuentra en gravísimo estado de salud y en peligro de muerte a causa de un cáncer, para que de ella y de su familia, por intercesión de la santísima Virgen, Dios tenga misericordia»*, y, el 28 del mismo mes, le comunicó, también por escrito, que *«La señora de Cracovia, en Polonia, madre de cuatro muchachas, el día 21.XI, antes de la operación quirúrgica, había recuperado de forma imprevista la salud. Sean dadas gracias a Dios, y a ti, venerable padre, te doy las gracias en nombre de ella y del marido y de toda la familia»*; que, el 23 de mayo de 1987, en el centenario del nacimiento del Padre Pío, y vistiendo la sotana blanca de los Sucesores del apóstol Pedro, se arrodilló ante la tumba del primer sacerdote estigmatizado...

“Nos estimula con su ejemplo”

Así reza el Prefacio II de los Santos del Misal romano: *«Porque mediante el testimonio admirable de tus santos fecundas sin cesar a tu Iglesia con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de tu amor. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión»*.

Si, como dijo el Papa Benedicto XV: *«El Padre Pío es uno de esos hombres extraordinarios que Dios manda de vez en cuando para convertir a los hombres»*, en las enseñanzas y en los ejemplos del Santo de Pietrelcina hemos de escuchar las llamadas del Señor a la conversión y a una vida cristiana auténtica. Para concretar más esas llamadas a la conversión podemos fijarnos en los mensajes de las seis peticiones que Juan Pablo II dirigió al *«humilde y amado Padre Pío»* en la homilía de la canonización, que ya hemos transcrito, y que, en parte, ya había presentado en la homilía de la beatificación, al invitarnos *«a la oración, a recurrir al Sacramento de la Penitencia, al amor fraterno, y a amar y venerar a la Virgen María»*.

III. EL MAÑANA DEL PADRE PÍO

Al hablar de «El mañana» del Padre Pío, y sabiendo que tiene lugar en «El hoy» en el que entró el día de su muerte, quiero referirme al hecho, no sé si único en la historia de la Iglesia, de una devoción al Padre Pío que, además de tener características muy especiales, se va extendiendo de forma prodigiosamente llamativa en todo el mundo, va alcanzado a millones de hombres y mujeres de los cinco continentes, incluso de otras confesiones cristianas distintas de la católica y de otras religiones, y, a juzgar por los hechos, está produciendo frutos maravillosos de santidad, en sus dos dimensiones: oración e intimidad con Dios y amor fraterno y solidaridad.

Alguien ha «contemplado» a la Virgen María, en el cielo, que, de Cristo, que se recostaba en el



Corazón del Padre y los había introducido antes en su Costado abierto, recibía, por medio del Espíritu Santo, en un enorme cáliz de oro, todos los habitantes de la tierra, y que se dirigía a los Santos para confiarles el cuidado de sus hijos. A uno confiaba uno; a otros, muchos; al Padre Pío le confió tantos y tantos que parecía que quería vaciar el cáliz en sus brazos, mientras éste, sonriendo, le decía que sí y le hacía señas con las manos para que le diera todavía más.

Hace algunos meses puse por escrito, para una revista de información religiosa, la comunicación que un hermano de fraternidad me hizo hace unos años. En las tres iglesias del entorno del convento de Capuchinos de San Giovanni Rotondo, las dos existentes y la que se estaba construyendo, él veía un claro simbolismo de la vida del Padre Pío. Transcribo lo escrito porque creo que puede ayudar, al menos a algunos, a acercarse al «Ayer» al «Hoy» y, sobre todo, al «Mañana» del Santo de Pietrelcina.

«...Tres iglesias que, en fechas de construcción y en dimensiones, van de menos a más. Y en este sencillo dato es fácil imaginar un bello simbolismo del corazón y de la vida del Padre Pío.

Desde su llegada a este pueblecito perdido en las faldas del monte Gárgano, un 28 de julio de 1916, hasta que la noticia de los estigmas recibidos del Señor el 20 de septiembre de 1918 fue llegando a pueblos y ciudades, el Padre Pío fue como la «iglesita» de los Capuchinos: atendía como padre espiritual a los niños del pequeño seminario, confesaba y daba charlas de formación a un reducido grupo de mujeres del pueblo y mantenía correspondencia de dirección espiritual con algunas más.

Pero su corazón, destinatario de una «misión grandísima» que el Señor ya le había revelado a la temprana edad de los 16-17 años, necesitaba romper barreras y abrir horizontes. Y la vida del Padre Pío comenzó a ser, aún mucho antes de la construcción de este templo, grande como el «Santuario de Nuestra Señora de las Gracias». Las gentes llegaban hasta él desde todos los rincones del mundo y el Padre Pío acogía con amor a todos: liberaba «de los lazos del maligno» a los pecadores en muchas horas diarias de atención al confesonario; buscaba solución eficaz a los enfermos, como lo acredita el gran hospital «Casa Alivio del Sufrimiento»; promovía centros de formación profesional para los jóvenes, como el atendido por los Terciarios Capuchinos; en su oración presentaba al Señor, por medio de la Virgen María, las necesidades de los necesitados; y se ofrecía al Señor como víctima por la salvación del mundo, tanto en la eucaristía diaria como, con renovado fervor, en otros momentos especiales de su vida.

Y si esa segunda iglesia, en la fecha de la dedicación, 1 de julio de 1959, le pareció pequeña como una «caja de cerillas», es porque su corazón, «devorado por el amor a Dios y al prójimo», era ya tan grande que pudo decir «soy todo de todos y de cada uno; cada uno puede decir: “El Padre Pío es mío”» y prometer que, cuando el Señor lo llamara a su Reino, le diría «Señor, yo me quedo a la puerta del paraíso; entraré cuando haya visto entrar al último de mis hijos». Tan grande -y muchísimo más- como la iglesia que los Capuchinos inaugurarán el próximo 1 de julio y que los devotos del Padre Pío de todo el mundo están sufragando con sus donativos».

¿Tendremos que decir, con el Papa Benedicto XV, que el Padre Pío es el hombre extraordinario que Dios ha querido enviar para convertir a los hombres de nuestro tiempo?

¿Tendremos que ver en él también una llamada del Señor a difundir por todo el mundo la devoción al Padre Pío, a liberarla, si es el caso, de lo que no sea conforme con el Evangelio, y a vivir y promover la rica espiritualidad que se encierra en las enseñanzas y en la vida de este Santo?

La Virgen María, en la advocación tan querida para el Padre Pío de «Nuestra Señora de las Gracias», nos alcance la gracia de conocer y de colaborar en los designios salvíficos del Señor.



ORACIÓN AL SEÑOR POR INTERCESIÓN DE SAN PÍO DE PIETRELCINA

Oh Dios, que a San Pío de Pietrelcina, sacerdote capuchino, le has concedido el insigne privilegio de participar, de modo admirable, de la pasión de tu Hijo: concédeme, por su intercesión, la gracia de... que ardientemente deseo; y otórgame, sobre todo, que yo me conforme a la muerte de Jesús para alcanzar después la gloria de la resurrección.

Gloria al Padre... (tres veces)

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Nota: *La presente Novena la recitaba diariamente el Padre Pío, por todos aquellos que solicitaban sus oraciones. Se invita a los fieles a recitarla también diariamente confiando en la intercesión de San Pío de Pietrelcina.*

I. - ¡Oh Jesús mío!, que dijiste: "en verdad os digo: pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá". He aquí que, confiado en tu Palabra divina, llamo, busco y te pido la gracia...

*Padre Nuestro, Avemaría y Gloria.
Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.*

II. - ¡Oh Jesús mío!, que dijiste: "en verdad os digo: todo lo que pedireis a mi Padre en mi Nombre, Él os lo concederá". He aquí que, confiado en tu Palabra divina, pido al eterno Padre en tu Nombre la gracia...

*Padre Nuestro, Avemaría y Gloria.
Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.*

III. - ¡Oh Jesús mío!, que dijiste: "en verdad os digo: los cielos y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán". He aquí que, confiado en la infalibilidad de tu Palabra divina, te pido la gracia...

*Padre Nuestro, Avemaría y Gloria.
Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.*

Oh Sagrado Corazón de Jesús, infinitamente compasivo con los desgraciados, ten piedad de nosotros, pobres pecadores, y concédenos las gracias que te pedimos por medio del Inmaculado Corazón de María, nuestra tierna Madre.

*San José, padre adoptivo del Sagrado Corazón de Jesús,
ruega por nosotros.*